

cia de que esto acontece porque el vicio es feo y la virtud bella; por consecuencia, un hombre de sentimiento estético es virtuoso. Yo soy, pues, virtuoso. Hoy mismo debo ofrecer un sacrificio de vinos á los manes de Protágoras, de Prodicó y Gorgia. Parece que también los sofistas pueden resultar útiles. Pero escucha lo que sigue. Yo saqué á Licia del poder de Aulo para dártela. Lisipo hubiera hecho de vosotros un grupo magnífico. Ambos sois bellos, *ergo* mi acción es bella, y, siendo bella, no puede ser malvada. Marco, ante ti está la virtud, personificada en Cayo Petronio. Si Aristides viviese aún, se vería obligado á venir á mí y ofrecerme cien minas por mi disquisición sobre la virtud.

A Vinicio le interesaban poco los discursos acerca de la virtud, y por lo mismo se limitó á exclamar:

— ¡Mañana veré á Licia, y la tendré todos los días cerca de mí, siempre, por toda la vida, en mi casa! ¡Qué felices seremos!

— Tú poseerás á Licia y yo veré lo que hay que hacer con Plaucio. Seguramente atraerá sobre mí la venganza de todos los dioses subterráneos. ¡Si á lo menos quisiese antes aprender un poco de declamación! Pero él se arrojará sobre mí como hacía con mis clientes mi guardaportón de otro tiempo, á quien tuve que encarcelar por esto.

— Aulo estuvo en mi casa. Le prometí darle noticias de Licia.

— Escríbele que la voluntad de César es ley y que tu primer hijo llevará el nombre de Aulo. El pobre viejo merece un consuelo. Estoy tentado de convencer al emperador de que debe invitarle al banquete. Allí te verá en el triclinio al lado de Licia.

— ¡No lo hagas! Aquella familia me inspira piedad, especialmente Pomponia.

Después sentóse Vinicio y escribió aquellas dos líneas que quitaron á Plaucio toda esperanza.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## VII

Las personalidades más salientes de Roma rindieron á Acté respetuoso homenaje durante el tiempo en que fué amante de Nerón.

Ya en aquella fecha mostró esa mujer escasa afición á mezclarse en los negocios de Estado, y si alguna vez usaba de su influencia sobre el emperador, era tan sólo para implorar clemencia en favor de un desgraciado. Modesta y tranquila, sabía captarse las simpatías y la gratitud de muchos, sin despertar ninguna antipatía. La misma Octavia no era capaz de odiarla; sus enemigos la consideraban inofensiva. Todos sabían que alimentaba una pasión mal correspondida por César, pasión que no vivía ya de esperanzas, sino de recuerdos de aquellos días en que Nerón no sólo era más joven, sino mejor. Que un día pudiese volver á ella Nerón era punto menos que imposible, por lo cual nadie la consideraba peligrosa ó temible. Popea la juzgaba una sierva quieta y tranquila y tan inofensiva, que no pensó ni un momento en arrojarla del palacio.

César la había amado, abandonándola cuando se hastió de sus caricias, pero sin rencor, casi amigablemente, lo cual era un título al respeto de los cortesanos. Ahora le había señalado varias habitaciones en el palacio y concedido buen número de siervos. Como Palante y Narciso, si bien eran libertos de Claudio, no sólo habitaban cerca del emperador, sino que ocupaban importantes cargos del Estado, así Acté sentábase frecuentemente á la mesa de César. Éste la admitía porque la extraordinaria belleza de su antigua amante era el principal ornamento de aquellas fiestas; por otra parte, en cuanto á la selección de sus comensales, Nerón hacía tiempo que no se mostraba difícil.

En su mesa se reunían los más diversos campeones del género humano. Había senadores, en especial los que se prestaban á hacer de bufones; patricios jóvenes y viejos, que se dedicaban á comer bien y á beber mejor. Iban también mujeres de alto copete, que sentían escrúpulos por cubrirse la cabeza con una peluca y paseaban de noche las calles en busca de aventuras para divertirse; además solían concurrir altos empleados y sacerdotes que no se atrevían á burlarse de sus dioses, con el cáliz en la mano. Se encontraban también bajo aquel techo compañías de cantantes, de mimos, de músicos, de bailarines y acróbatas, y aun de sacerdotes que, cantando las alabanzas de Nerón, saboreaban de antemano el placer de una retribución cuantiosa de sextercios; filósofos hambrientos que contemplaban los manjares con mirada anhelosa; y, finalmente, no faltaban en aquel lugar aurigas, prestidigitadores, charlatanes, bufones y aventureros, que habían adquirido una momentánea celebridad gracias á la moda ó á la suerte. Entre éstos veíanse algunos que trataban de ocultar con sus largos cabellos el rastro de la oreja agujereada, indicio de esclavitud.

Los huéspedes notables se sentaban á la mesa, mientras los otros debían pro-

34989



curar divertirse á los primeros durante el banquete y aguardar la hora en que los siervos les permitían recoger los restos de los manjares y del vino. De tales huéspedes cuidaban Tigelino, Vatino y Vitelio, que más de una vez se vieron obligados á proveerles de trajes que no desentonasen en presencia del emperador, á quien no disgustaba semejante sociedad, sintiéndose en medio de ella enteramente libre. El esplendor de la corte daba brillo á todas las cosas y lo cubría todo con su manto deslumbrador.

Grandes y pequeños, vástagos de familias ilustres y gente criada en las calles de Roma, artistas eminentes é ingenios desconocidos, se congregaban en el palacio para saciar sus ojos con aquel esplendor casi inconcebible, para estar cerca del dispensador de toda gracia y de toda riqueza, cuya mirada podía aniquilar, pero podía asimismo elevar hasta los más encumbrados puestos.

Licia debía tomar parte aquella noche en uno de esos banquetes.

El temor, la incertidumbre y un sentimiento de confusión, muy explicable en ella, dadas sus condiciones, luchaban en su ánimo con el deseo de oponerse. Le infundían miedo Nerón, el palacio, el ruido que la ensordecía y los banquetes, de los cuales había oído hablar á Plaucio, á Pomponia y á otros.

Aunque joven, no carecía de experiencia; en aquellos tiempos la noción del mal llegaba rápidamente hasta los oídos de la misma inocencia. Por eso sabía ella que en aquel palacio la amenazaba un peligro, del que la había advertido Pomponia al despedirse. Su alma joven é inocente y la fe pura y sublime que le inculcó su madre adoptiva le habían hecho prometer que se defendería contra aquel peligro; y lo había jurado á la madre, á sí misma y á aquel divino Maestro, en el cual no sólo creía, sino á quien también su corazón virginal había aprendido á amar, por la dulzura de su doctrina, por la sublimidad de su muerte y por la grandeza de su gloriosa resurrección.

Pensando que en aquellos momentos ni Aulo ni Pomponia podían responder de su conducta, le parecía natural cometer un acto de desobediencia dejando de asistir al banquete. Pero el temor y la sujeción alternaban en su ánimo con el deseo de soportarlo todo con paciencia y exponerse valerosamente al martirio y á la muerte.

El divino Maestro lo había ordenado, y Pomponia le había dicho que tales pruebas constituían el más puro ideal de todo verdadero cristiano. Ella misma, Licia, varias veces, cuando estaba en casa de Aulo, había tenido en ciertos momentos de exaltación igual deseo; entonces, casi en sueños, se veía mártir, con las manos y los pies llagados, blanca como la nieve, celestialmente bella, transportada al cielo por ángeles de igual hermosura, una visión en la que su fantasía se recreaba dulcemente. Había en todo esto mucha imaginación infantil; pero no faltaba cierta dosis de orgullo, y por esto Pomponia vituperaba tales visiones. Mas entonces, cuando la desobediencia á los deseos de César debía provocar un terrible castigo y realizar el martirio tantas veces soñado, Licia se sentía empujada por una viva curiosidad, por un ardiente deseo de saber qué castigo, qué clase de tormentos la esperaban.

Su alma todavía infantil vacilaba entre dos resoluciones.

Pero cuando Acté se enteró de semejantes propósitos, la miró asombrada. ¡Oponerse á los deseos del emperador! ¡Atraerse desde el principio su cólera! ¡Sólo una chiquilla, que no sabe lo que se hace, podía proceder de aquella manera! De las palabras de Licia se deducía que ella, en realidad, no era un rehén, sino una niña abandonada por su propia gente; así, pues, ninguna ley la protegía, y aun cuando así no fuese, César era bastante poderoso para deshacer y pisotear todas

las leyes en un arranque de ira. Pertenecía al emperador, que era el único que podía disponer de ella, y ninguna voluntad en el mundo era superior á la de César.

— Tal es tu posición, continuó Acté. Yo también leí las cartas de Pablo de Tarso y sé que sobre el mundo reinan Dios y su Hijo resucitado; pero sobre la tierra no hay más que César. No lo olvides, Licia. Sé también que tu fe no te permite ser lo que yo fuí, y que vosotros, como los estoicos — me lo narró Epicteto, — encontrándoos entre la deshonra y la muerte, debéis escoger la muerte. Pero ¿quién te dice que sólo te aguarde la muerte y no la vergüenza á la par? ¿No has oído hablar de la hija de Sejano, que por orden de Tiberio fué primeramente condenada á sufrir la afrenta suprema, y muerta después, por respeto á la ley que veda castigar á una virgen con la muerte? ¡Licia, Licia, no irrites á César! Cuando llegue el instante en que debas escoger entre el deshonor y la muerte, harás lo que juzgues oportuno; pero, entretanto, no busques tú misma tu desgracia y no irrites por fútiles pretextos á una divinidad terrena y cruel al mismo tiempo.

Después de estas palabras, pronunciadas con dulzura y sentimiento, Acté, que era un tanto miope, acercó su gracioso rostro al de Licia, para leer el efecto que habían producido.

Pero Licia, echándole los brazos al cuello, exclamó:

— ¡Qué buena eres, Acté!

Ésta, conmovida por la expansión y el elogio, la estrechó contra su corazón; y después de un instante, respondió, lanzando un suspiro:

— Mi felicidad ha acabado, mi alegría murió; pero yo no soy mala.

Luego, paseando agitadamente por la estancia, continuó, como hablando consigo misma:

— ¡No! Tampoco él era malo. Entonces creía ser bueno y deseaba serlo. ¡Lo sé mejor que todos los demás! Su transformación se operó más tarde, cuando cesó de amarme. Fueron los otros los que lo volvieron tal cual es hoy..., sí, los otros... y Popea.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Licia la contempló largo rato en silencio. Después le preguntó:

— ¿Y esto te duele?

— ¡Sí, me duele!, respondió en voz baja la griega.

Y volvió á pasearse por la estancia, con las manos juntas, en actitud de dolor.

— ¿Le amas aún?, preguntó tímidamente Licia.

— ¡Sí, le amo!... ¡Yo sola le amo!

Calló. Acté se esforzaba en recobrar la calma interrumpida por aquellos tristes recuerdos, y cuando, con no escasa fatiga, pudo lograrlo, con voz triste y compungida habló en estos términos:

— Ocupémonos de ti, Licia. La sola idea de resistencia sería una locura. Permanece tranquila; yo conozco muy bien esta casa y sé que ningún peligro te amenaza por parte de Nerón. Si tú hubieras sido raptada para él, no te habrían conducido á este palacio. Aquí reina Popea, sobre todo desde que dió á Nerón una hija. Y si es verdad que él ordenó que tomaras parte en el banquete, no es menos cierto que no te conoce aún y que no piensa en ti. Tal vez te ha sacado de casa de Aulo para disgustar á éste y á Pomponia. Petronio me escribió que velase cerca de ti, Pomponia lo hizo también, y es posible que hayan procedido de acuerdo. Quizá Pomponia impulsó á Petronio á que lo hiciese. Si este es el caso, ningún mal te amenaza, y ¿quién sabe si Nerón podrá restituirte, por medio de su intercesión? Yo ignoro si el emperador le aprecia de un modo particular, pero sé que César no tiene el valor de ser de opinión opuesta á la de Petronio.



— Acté, respondió Licia, Petronio fué á casa antes de que me sacaran de allí, y mi madre estaba persuadida de que Nerón había obrado por instigación de aquel hombre.

— ¡Malo sería!, dijo la griega.

Después, tras un instante de silencio, continuó:

— Quizá Petronio habrá dicho en presencia de César que vió en casa de Aulo un rehén licio, y entonces Nerón, celoso de su propio poder, te habrá pedido, sólo porque los rehenes pertenecen al emperador. Pero no quiere á Plaucio, ni á Pomponia. ¡No! Yo no creo que, si Petronio hubiese deseado arrancarte de la casa de Aulo, hubiera tomado ese camino. Ignoro si es mejor que los demás cortesanos; pero sé que es distinto de todos los demás. Podrás quizá conocer á cualquier otro que quiera ocuparse de ti. ¿En casa de Aulo no viste á ninguno de los que rolean á Nerón?

— Vi á Vespasiano y á Tito.

— César no los aprecia.

— Y á Séneca.

— Un consejo de Séneca movería á Nerón á hacer precisamente todo lo contrario.

El rostro de Licia se cubrió de rubor cuando la joven agregó:

— Y á Vinicio.

— No le conozco.

— Es pariente de Petronio y recién llegado de Armenia.

— ¿Sabes si Nerón le quiere?

— Todos le quieren.

— ¿Y él intercedería por ti?

— ¡Sí!

Acté sonrió dulcemente y dijo:

— En tal caso, puedes estar segura de que le verás en el banquete, en el cual debes tomar parte. Luego, si tu deseo es volver á casa de Aulo, allí encontrarás el medio de suplicar á Petronio y á Vinicio que usen su influencia en tu favor. Si estuviesen aquí, te dirían lo que yo te digo, que la resistencia es locura y significaría desgracia. Quizá Nerón no se daría cuenta de tu ausencia; pero podría notarla y descubrir tu oposición á sus órdenes, y no habría entonces para ti ninguna esperanza de salvación.

El estrépito que se oía en el palacio indicaba que la hora del banquete se aproximaba y que de un momento á otro iban á llegar los invitados.

Licia prometió á Acté seguir su consejo, sin poder decir si obedecía su resolución al deseo de encontrar á Petronio y á Vinicio, ó á la femenil curiosidad de asistír una vez á un banquete imperial, ver á César, á la corte, á la célebre Popea y otras bellezas, además de todos los esplendores de que había oído hablar y de los cuales en Roma se contaban maravillas. Acté convenció á Licia y la condujo á su *untuario* para perfumarla y vestirla. Aunque en casa de César no faltaban esclavas y Acté disponía de muchas para los cuidados de su persona, por cariño á la joven, cuya belleza y bondad le habían conquistado el corazón, ella misma se empeñó en servirla. En la griega, á pesar de su tristeza y de la lectura de las cartas de Pablo de Tarso, sobrevivía aún el espíritu helénico, por lo cual la belleza física le hablaba con sobrehumana elocuencia. No pudo contener un grito de admiración ante aquella graciosa figura, delgada y esbelta, que parecía formada de rosas y perlas; retrocedió algunos pasos para contemplarla á su gusto, y exclamó por fin:

— ¡Licia, eres mil veces más hermosa que Popea!

Educada en casa de Pomponia, donde la modestia y el pudor eran respetados aun entre mujeres solas, la joven, bella como un sueño de primavera, admirable como una obra de Praxiteles, enmudeció, ruborizándose al oír aquellas extrañas alabanzas. Levantando el brazo con un rápido movimiento, se quitó el alfiler que sujetaba sus cabellos, y éstos cayeron sobre su cuerpo envolviéndolo como en amplio manto.

Acté se le acercó, y acariciando dulcemente aquella espléndida cabellera, exclamó:

— ¡Hermosos cabellos! Es inútil espolvorearlos con oro, porque de oro son; te pondré tan sólo un ligerísimo extracto, á fin de que tu cabeza parezca iluminada por un rayo de sol. ¡Debe ser maravillosa tu patria, si nacen en ella mujeres semejantes á ti!

— No lo recuerdo, contestó Licia; pero Ursus me decía que en nuestra tierra no hay más que florestas, sólo florestas.

— Pero en esas florestas nacen flores, dijo Acté sumergiendo la mano en un vaso lleno de verbena, con cuya esencia perfumó la cabeza de Licia.

Después le dió ligeras fricciones con bálsamos aromáticos de Arabia y la envolvió en una rica túnica recamada de oro, sin mangas, sobre la cual debía ponerse luego un blanco peplo. Pero antes la cubrió con el *sintesisio* para que una esclava la peinara, mientras ella contemplaba á la joven con embeleso. Otras dos esclavas colocaron en los pies de Licia dos blancas sandalias recamadas de rojo, sujetándolas á sus alabastrinas piernas con sendos lazos de oro. Terminado el tocado, la joven griega fué envuelta en los artísticos pliegues de un peplo. Acté la adornó con un collar de perlas, y después entregóse á los cuidados de sus esclavas para el arreglo de su persona, no dejando por eso de contemplar á Licia con entusiasmo.

Terminó pronto, y cuando las primeras literas pararon frente á la puerta principal, ambas entraron en los pórticos laterales, desde donde podía verse el vestíbulo, las galerías interiores y el patio rodeado de columnas de mármol de Numidia.

Gran número de invitados iban compareciendo bajo el majestuoso arco del vestíbulo, sobre el cual las estupendas cuadrigas de Lisia figuraban transportar al Olimpo á Diana y Apolo.

Los ojos de Licia contemplaban sorprendidos tal esplendor, del que hasta entonces no tuvo la menor idea. El sol iba á ocultarse y sus últimos rayos se quebraban sobre las marmóreas columnas, á las que daban, con sus reflejos, mil tonos indefinidos y variados, desde el rosado al áureo brillante. Entre las columnatas, junto á las estatuas de las danades, de los dioses y de los héroes, pasaban grupos alegres de hombres y mujeres, de apariencia escultural, envueltos en togas, con peplos y mantos, que caían hasta el suelo en artísticos pliegues. Una gigantesca estatua de Hércules, cuya cabeza iluminaban aún débiles reflejos, pero cuyo cuerpo envolvían ya sombras profundas, parecía contemplar con desdén á toda aquella muchedumbre. Acté mostró á su compañera á los senadores, envueltos en la anchísima toga, con túnicas adornadas de armiño, caballeros y artistas célebres; le señaló á las damas romanas que vestían trajes romanos, griegos y orientales, con el cabello levantado á manera de torre y pirámide, ó caído sobre la frente y ornado de flores. Acté conocía á muchas de ellas, citándolas por los nombres y agregando anécdotas breves, pero á menudo horribles, que llenaban á Licia de sorpresa y de pavor. Para ella era éste un mundo completamente nuevo, del que no podía conocer los misterios, pero cuyo esplendor la deslumbraba.

A aquella hora del crepúsculo una especie de quietud sobrehumana parecía ondear sobre las inmensas columnatas, que se perdían en lontananza, y sobre la



multitud fantástica y multicolor. Hubiérase creído que en aquella floresta marmórea los semidioses podían habitar alegres y felices. Y entretanto, Acté continuaba revelando, en voz baja, secretos referentes á aquel palacio y á aquellas personas. A poca distancia de aquel punto, sobre el pavimento y las columnas, veíanse las manchas de sangre de Calígula, que cayó herido por el puñal de Casio; aquí había sido asesinada su mujer; más allá fué estrellado su hijo contra una piedra; bajo aquella otra ala del palacio se encontraba el subterráneo en que el joven Druso se mordió las manos, acosado por el hambre; en aquel sitio bebió el veneno Druso el viejo; y en aquel otro extremo tembló de terror Gemelo, palideció Claudio y desfalleció Germánico: cada piedra de aquellos muros había oído los lamentos y los suspiros de los moribundos; y aquellas personas que, vestidas con togas ó túnicas, adornadas de joyas y flores, se encaminaban al banquete, podían ser al otro día igualmente condenadas. Quizá más de una vez la sonrisa cubría el terror, el ansia, la incertidumbre del futuro: quizá los corazones de aquellos semidioses, en apariencia tan despreocupados, sufrían el tormento que causan la envidia y la concupiscencia.

El ánimo de Licia, impresionado, no alcanzaba á comprender todas las palabras de Acté, y mientras aquel mundo maravilloso atraía con fuerza siempre creciente sus miradas, oprimía su pecho un extraño temor, haciéndole desear con inflexible angustia á la amada Pomponia y la casa de Aulo, donde sólo reinaban la concordia y el cariño.

Nuevos invitados llegaban del *Vicus Apollinis*. Oíanse rumores y saludos; el patio y el peristilo parecían hormigueros de esclavos de ambos sexos, chiquillos y pretorianos de la guardia del palacio. De cuando en cuando aparecía el rostro de un nómada, negro como el ébano, con una cimera sobre el yelmo y anillos dorados en las orejas. Algunos llevaban laúdes y cítaras, candelabros de oro, de plata ó de bronce y ramos de flores artificiales. Aumentaba por momentos el rumor de voces, confundiendo con el murmullo de las fuentes, cuyos surtidores, cayendo sobre el mármol, se deshacían en lluvia iridescente.

Acté había terminado sus relatos; Licia contemplaba á aquella multitud con la fijeza y el ansia del que busca algo. De pronto su rostro se cubrió de rubor: entre las columnas había divisado á Petronio y á Vinicio. Éstos se dirigieron al triclinio, bellos, tranquilos, envueltos majestuosamente en la toga, á semejanza de los dioses.

A la vista de aquellos semblantes amigos pareció que le quitaban un peso del corazón; se figuraba estar menos aislada; el angustioso deseo de ver á Pomponia y su casa quedó en parte mitigado; la necesidad de hablar con Vinicio sofocó en ella todo otro anhelo. En vano se agolparon en su memoria todo lo malo que había oído hablar de la casa de César, las palabras de Acté y los consejos de Pomponia; á pesar de todas las advertencias, no sólo creyó que debía asistir al banquete, sino que lo deseaba vivamente. Un sentimiento de bienestar invadió su alma al pensar que no tardaría en oír la voz querida que un día le habló de amor y de una felicidad digna de los dioses, y que aún resonaba en sus oídos como celestial armonía.

Pero, á los pocos momentos, ese bienestar la asustaba, y creyendo faltar á sus deberes, desobedecer á aquella doctrina pura que le enseñó Pomponia:

— Es muy distinto, pensaba, asistir por obligación á tomar parte con gusto.

Se figuraba ser una pecadora, una indigna, una apóstata. Le asaltó un profundo abatimiento, una desanimación grande, y á haber estado sola, hubiera caído de rodillas y golpeándose el pecho hubiera exclamado: *Mea culpa, mea culpa!*

Pero Acté la cogió de la mano, y cruzando las habitaciones interiores, la condujo al triclinio, donde debía celebrarse el banquete. El corazón de Licia latía con fuerza; como en sueños veía los millares de lámparas colgadas de las paredes y colocadas sobre las mesas; como en sueños oía las aclamaciones con que los comensales saludaban al emperador; como á través de una nube descubrió al mismo Nerón. El ruido, las luces, los perfumes la ensordecían, la turbaban, la mareaban; no sabía en qué mundo vivía y apenas podía reconocer á Acté, que, después de haberla colocado junto á la mesa, sentóse á su lado.

Pasados algunos minutos, oyó en la parte opuesta una voz dulce y conocida, que exclamaba:

— ¡Salud á ti, oh hermosa entre las hermosas! ¡Divina Calina, salud!

Licia, dominada un tanto su angustia, miró en torno y encontró á su lado á Vinicio.

Estaba sin toga, porque la costumbre y la comodidad exigían despojarse de ella en los banquetes; vestía una sencilla túnica roja, sin mangas, bordada de palmas de plata. Los brazos desnudos, robustos, musculosos, verdaderos brazos de soldado, estaban adornados poco más arriba del codo, según la moda oriental, con dos largos brazaletes de oro. Una guirnalda de rosas coronaba su cabeza. Sus ojos centelleantes, las cejas espesas y valientemente dibujadas y el rostro tostado le convertían en la verdadera personificación de la juventud y de la fuerza. Apareció tan bello á los ojos de Licia, que, ya pasada la primera turbación, apenas pudo responderle:

— ¡Salud á ti, Marco!

— ¡Dichosos mis ojos, dijo el guerrero, que tienen la fortuna de verte; dichosos mis oídos que escuchan tu voz, para mí más suave y dulce que el sonido de la cítara y del laúd! ¡Si entre Venus y tú debiera escoger una compañera en este banquete, te escogería á ti, divina Licia!

Y la contemplaba como si quisiera devorarla con sus miradas. Admiraba el rostro y la figura, y en sus pupilas se reflejaba, unido á su alegría embriagadora, un sentimiento de respeto y de adoración.

— Sabía que había de encontrarte aquí, continuó Vinicio, y á pesar de ello, al verte, mi alma experimentó un júbilo tan grande, que me pareció gozar de una dicha inesperada.

Licia recobró casi por entero el dominio sobre sí misma, y viendo que entre aquella multitud él era el único ser que podía comprenderla, le dirigió la palabra para pedirle explicación de lo que no entendía y que tanto temor le causaba.

¿Cómo supo que había de encontrarla en el palacio de César? ¿Por qué se hallaba en él? ¿Por qué la había sacado Nerón de casa de Pomponia? Ella deseaba volver; aquel lugar la atemorizaba. Hubiera muerto de terror, sin la esperanza de que él y Petronio habían de interceder en su favor cerca de Nerón.

Vinicio respondió que había sabido la nueva por el mismo Plaucio, pero que ignoraba la causa. César no daba á nadie cuenta de sus acciones. Pero no debía temer. Él, su Vinicio, estaba á su lado para protegerla, la custodiaría como á su propia alma. En su casa le levantaría un altar, como á la divinidad, para quemar áloe y mirra en su honor, y en primavera los renuevos del manzano y del azafrán; breve sería su estancia en la casa de César, ya que allí no se encontraba á gusto.

Aunque en sus palabras había algo de exageración, traslucíase en ellas la verdad, porque verdaderos eran los sentimientos que las inspiraban. Sincera piedad brillaba en su semblante, y las frases de Licia penetraban directamente en su corazón cuando le aseguraba que eran eternos el afecto y la gratitud que por él sentían ella y